

en este libro, tengo dos sensaciones encontradas: todo gobierno liberal ha sido, es y será, malo, aun siendo –para ellos– bueno; y el gobierno liberal venidero ya no será siquiera mediocre, será de una vulgaridad rayana con lo imbecilidad. Compárense estos artículos con algunos de la pluma de B. Mitre, C. Pellegrini, B. de Irigoyen o V. F. López y se descifrará por qué no soy optimista.

Juan Fernando SEGOVIA

Donatella Di Cesare, *El tiempo de la revuelta*, Madrid, Siglo XXI de España, 2021, 136 pp.

El 2020 apareció en Turín, publicado por el editor Bollati Boringhieri, este libro de Donatella Di Cesare, ensayista y filósofa, que enseña filosofía teórica en la romana casa universitaria La Sapienza, de fundación pontificia al debutar el siglo XIV. Mucha agua ha corrido desde entonces bajo el puente y sobre el puente.

La autora ha escrito sobre variadísimos temas como dicen los títulos de sus libros: *Tortura*; *Extranjeros residentes*; *Gramática de los tiempos mesiánicos*; *Sobre la vocación política de la filosofía*; *El complot del poder*; ha dedicado su labor a Heidegger, Auschwitz y el negacionismo, Gadamer, etc. Ella no es desconocida en Hispanoamérica, pues se han editado varias obras suyas: *Heidegger y los judíos*; *Terrorismo. Una guerra civil global*; o *¿Virus soberano? La asfixia capitalista*; entre otros. No los he leído y no creo los leeré, pues ella se define como de la izquierda radical. Sin embargo, por lo que me ha interesado este texto sobre la rebelión es por la misma razón que he leído otros de similar talante, *rectius*: de pareja ralea. Estoy preocupado por conocer en qué anda esta izquierda que tantos trastornos causa en el mundo, especialmente en nuestros países de herencia hispánica.

Unos versos de Heiner Muller, tomados de *El ángel desafortunado* (1950), abren el escrito y dicen así: «Mi esperanza es el último respiro [...] / Mi vuelo es la revuelta, / mi cielo el abismo de mañana». Que pueden leerse así: mi esperanza es la revuelta, el abismo de mañana. O bien: mi último respiro vuela al cielo de la revuelta.

Y en capítulo I: «El derecho a la respiración» se leen estas palabras, entre el registro sociológico y la profecía, que a ella se deben: «La revuelta irrumpe en todo el mundo. Se enciende, se apaga; vuelve a propagarse. Atraviesa fronteras, sacude naciones,

agita continentes». Este tiempo nuestro es de rebeldía y pareciera que nada ni nadie puede escapar. La explicación sencilla está en la violencia del poder del Estado soberano contra los ciudadanos, aunque sea una violencia escurridiza y fantasmal. La revuelta es la respuesta a la violencia.

Conocemos el argumento usado por los revolucionarios de todas las épocas: la violencia de arriba engendra la violencia de abajo. Con ello se resume su legitimidad, porque aquélla es injusta y ésta una defensa justificada. El Estado que nos vuelve anónimos y luego nos aniquila es contestado con la autodefensa. Lo que actualiza el estudio de Di Cesare es la pandemia, que ha expandido los instrumentos de control y la militarización del espacio público, despertando la reacción contra el disciplinamiento de ese espacio. Hoy la revuelta tiene un carácter global, las reacciones subversivas se han hecho simultáneas, son una constelación (W. Benjamin), el eje central –el síntoma– de la dinámica revolucionaria.

Hay una dicotomía que para la autora es no sólo criterio interpretativo sino además estrategia convulsiva: hacia el interior reina la soberanía del Estado, pero al exterior impera la anarquía, porque la rebelión está más allá del espacio público dominado por la soberanía, generando el espacio de ingobernados. Hay en ello claramente delimitado un objetivo de la revolución: el Estado, sin importar que sea confesional o laico, democrático o tiránico. Hay también un nuevo sujeto revolucionario: los que no se dejan dominear por la soberanía.

Una táctica que ya no es novedad: la política revolucionaria de la ocupación, de una fábrica o de una plaza. Una precisión: los ingobernados que provocan la revuelta global son, en principio, los trabajadores, porque no obstante que el capitalismo aliena las relaciones de trabajo, el trabajo es ya en sí mismo un mundo común, horizontal, igualitario. Se trata de reforzar esa comunidad. Una frase: «Estar-juntos significa reaccionar ante un mundo que aísla, que separa». Ahora ni siquiera la democracia se salva; la resistencia inmuniza contra el aislamiento y la desigualdad, contra la anti-política de la democracia, que es la de la soberanía.

La rebeldía no sigue una línea recta; sus caminos son sinuosos, transversales, circulares. La rebeldía es clandestina. Otra frase: «La resistencia es un movimiento que no tiene la verticalidad del levantamiento, ni el semblante abierto de la rebelión, sino la latencia generalizada y anónima de la clandestinidad». La rebeldía es negatividad, política de autodefensa. Se quiere recuperar la revolución

que la democracia liberal vomitó de sus entrañas. Hay que dejar de llorar sobre el cadáver, dejar el duelo, retomar la revolución.

Se invocan los demonios de la revolución: Victor Hugo, Carl Marx, Friedrich Engels, Albert Camus, la rata viscosa J. P. Sartre, el teólogo secular Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Furio Jesi, Rosa Luxemburgo, etc. Ellos custodian el tesoro y lo transmiten a los actuales revolucionarios. Pero no se trata de aprender teoría sino, antes bien, de encarar la *praxis*. Los aparatos teóricos se evaporan y queda nada más que la voluntad revolucionaria. Nada de moralidad, burguesa o revolucionaria. La revolución no es un problema de conciencia, es lo urgente de la supervivencia.

Todo el texto está permeado deliberadamente por esta dialéctica: política vs. policía; anarquía vs. soberanía; ingobernados vs. Estado; movimiento vs. estatus quo; revolución vs. disciplina; borde vs. centro; etc. Una frase del capítulo III, «Entre política y policía», parece sistematizarla: «No hay política más que en la interrupción anárquica, en el vacío en el que, apenas perceptible, la llamada a la igualdad desdice la lógica del gobierno, donde en un movimiento incesante se reconstituye una y otra vez el ser-juntos de la comunidad».

Podríamos seguir hasta el hartazgo con este juego de escritura, deconstructivo y huero (por vacío, no por vano). Por ejemplo, precisar la distinción entre revuelta, rebelión, revolución y otras ideas afines. Pero carece de sentido, porque no hay propósitos teóricos en esta doctora en filosofía. Su texto está plagado de frases bonitas, escritas para encender emociones y provocar la contraofensiva de los reprimidos y violentados que se han vuelto ingobernados. Pero nada más hay en estos artículos de Di Cesare: sólo fuegos de artificio en celebración de la anarquía y el caos, repetitivos hasta la aridez. Es realmente sorprendente –no debiera serlo, es cierto– que el intelecto se haya rebajado a tan servil condición. Y tampoco es extraordinario que esta fiesta de la estupidez destructora se celebre con premios, aplausos de la opinión pública, sitios académicos, puestos oficiales y dinero.

Acoto una impresión: como antes lo hiciera –en los años 50, 60 y 70 del siglo pasado–, la izquierda quiere capitalizar y apropiarse de los movimientos de protesta que el capitalismo liberal produce necesariamente, como el resfrío los estornudos. A lo relativamente espontáneo, el revolucionario profesional aporta organización, dirección e ideología, porque persigue propagar la destrucción anárquica, no estabilizarla, sacarla del atolladero de los

arrestos particulares. Es otro método de la «ocupación», confiados en la imbecilidad de los revoltosos irreflexivos.

Este pretendido libre se agota en el ejercicio revolucionario del intelectual de izquierda: sentado en su cómoda cátedra, invita a los otros a la revuelta, mientras él la observa desde su privilegiado sitio, sintiéndose su autor, dispuesto siempre a bajar al lugar ocupado por la anarquía y reclamar los laureles de su dominio. Han sido y siempre serán unos aprovechadores, que no derraman su sangre ni transpiran la camisa.

Decía al comienzo que había pasado mucha agua por abajo y por encima de La Sapienza. Pero lo que ahora corre es líquido cloacal mezclado con veneno, travestido de literatura filosófica.

Juan Fernando SEGOVIA

Jeffrey A. Bernstein and Jade L. Schiff (eds.), *Leo Strauss and contemporary thought. Reading Strauss outside the lines*, Albany, State University of New York Press, 2021, 360 pp.

SUNY, siglas de la Universidad del Estado de Nueva York, en el año 2009 comenzó a editar la serie dedicada al «Pensamiento y Legado de Leo Strauss», que tiene como editor a Kenneth Hart Green, profesor de Estudios sobre Religión en la Universidad de Toronto. Green había cuidado en 1997 la edición de *Filosofía judía y crisis de la Modernidad. Ensayos y lecciones sobre el pensamiento judío moderno* de Leo Strauss, y en 2013 compiló e introdujo los escritos completos de Strauss sobre Maimónides; es asimismo autor, entre otros libros, de *Leo Strauss y el redescubrimiento de Maimónides* (2013), tema al que había dedicado en 1993 su libro *Judío y filósofo. El regreso de Maimónides en el pensamiento judío de Leo Strauss*.

La colección de SUNY Press que mencionamos lleva publicados 12 volúmenes y el tomo que vamos a reseñar es el undécimo. Los editores son Jeffrey A. Bernstein, profesor del College of the Holy Cross (Worcester, USA) y autor de *Leo Strauss en los límites del judaísmo, la filosofía y la historia* (2015); y Jade Larissa Schiff, profesora en el Oberlin College (Ohio, USA), que ha escrito varios artículos en torno a Strauss. El Colegio de la Sagrada Cruz es una universidad privada católica, de los jesuitas, en tanto el Colegio Oberlin es una universidad privada protestante, fundada por presbiterianos.